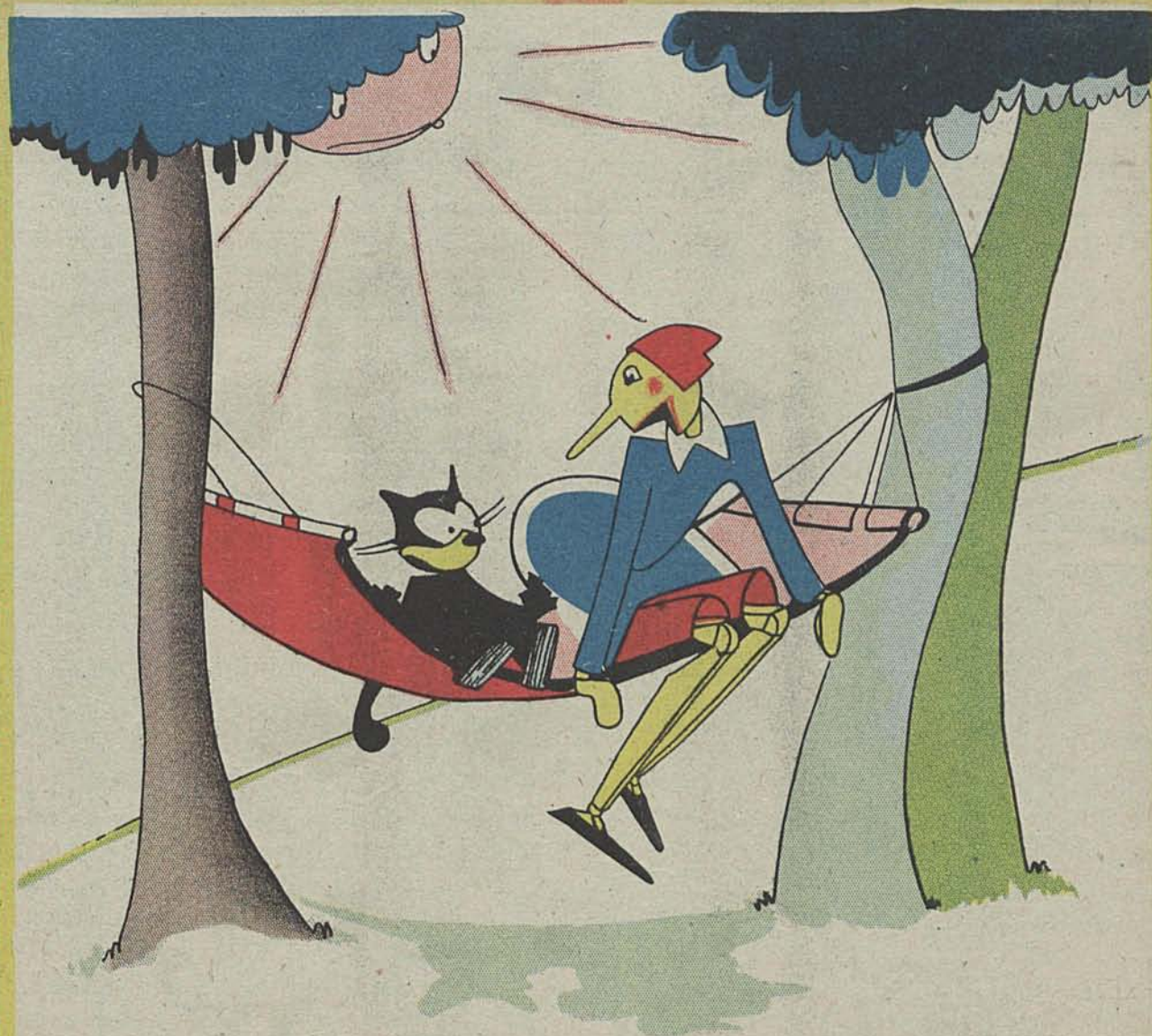


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 289

25 ct

31 AGOSTO  
1930



- ¿SABES QUE ES LO PRIMERO QUE HACES CUANDO SALES AL SOL ?  
- HOMBRE; NO RECUERDO...!  
- ¡SOMBRA!

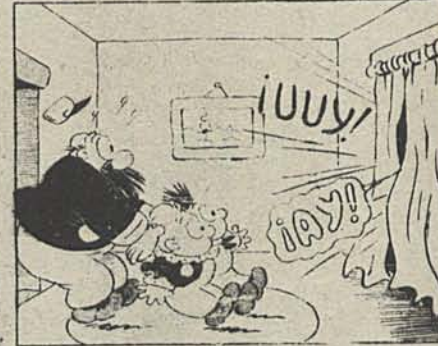


# PINOCHO

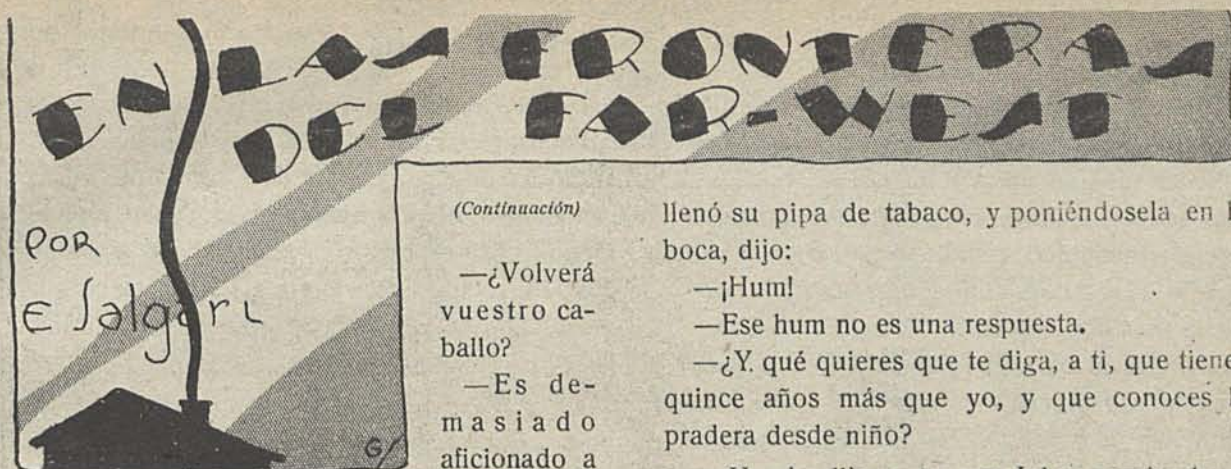
SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







(Continuación)

—¿Volverá vuestro caballo?

—Es demasiado aficionado a

su amo para abandonarle.

—Pues id a buscarle, mientras nosotros preparamos dos patas del oso para la comida.

—¿Nos iremos pronto?

—Tenemos mucha prisa. Esta noche debemos pasarla en la Misión de la Matanza. Confío en que todavía quedarán algunas murallas en pie y encontraremos allí albergue seguro donde resguardarnos.

—¡Está bien! —respondió el *gambusino*—. Dentro de cinco minutos estaré de vuelta con mi caballo y mi rifle, que dejé estúpidamente olvidado en la silla.

Cambió con la india una última mirada, empuñó el machete, y se lanzó entre las altas hierbas, silbando agudamente.

## CAPÍTULO V

### Una historia de ladrones

El *indian-agent* se quedó inmóvil viéndole alejarse, así como Harris, en tanto que Jorge arrancaba a cuchilladas las patas del oso, que debían servirles de exquisito asado.

El valiente John parecía preocupado y sombrío.

—¿Qué te parece, amigo?—preguntó al corredor de las praderas—. ¿Quién será este extraño individuo, a quien hubiera querido no encontrar en mi camino?

Harris miró al *indian-agent*, escupió en tierra,

llenó su pipa de tabaco, y poniéndosela en la boca, dijo:

—¡Hum!

—Ese hum no es una respuesta.

—¿Y, qué quieres que te diga, a ti, que tienes quince años más que yo, y que conoces la pradera desde niño?

—¡Hum!—dijo a su vez John, sonriendo—. Te confieso que me vería muy apurado para decir a qué raza de tunos pertenece ese hombre. Puede ser que sea un *gambusino*, pero, para mí, tiene todas las trazas de un indio.

—No huiría ante la insurrección.

—Eso es verdad, Harris.

—Tal vez sea algún *lépero* mejicano. Tú sabes que hasta hace poco abundaban los bandidos en el Colorado.

—Sea lo que sea, él es uno, nosotros somos tres, y no me parece fácil que se burle de nosotros. Por otra parte, en Kampa nos desembarazaremos de él, mandándole a buscar minas de oro a California, si es que...

El *indian-agent* se interrumpió bruscamente y dió media vuelta a la izquierda.

Minnehaha se había acercado lentamente a ellos y procuraba no perder una sílaba de su conversación.

—¿Qué haces aquí, muchacha? —gritó el *indian-agent*, frunciendo el entrecejo—. ¿Tratas de enterarte de lo que hablamos?

—¡Hug!—articuló la niña, encogiéndose de hombros—. Minnehaha escuchaba el ruido del torrente.

—¡Pues vete más lejos!

—¡Hug! ¡Ya voy!

Y se colocó sobre una roca que el agua salpicaba con sus espumas, envolviéndose en su espléndida capa de lana de carnero.

Harris y John se miraron expresivamente.



—He aquí un impedimento que nos dará mucho que hacer—dijo el primero.

—Lo creo—respondió el segundo.—Esta niña es un verdadero demonio, y confieso que algunas veces sus ojos me dan miedo.

En aquel instante, el *gambusino* apareció sobre su magnífico caballo de raza andaluza pequeño de estatura, con piernas finas y nerviosas y larguísimas crines.

—¡Ahora, en marcha!—dijo John—. Los *sioux* no están todavía en la llanura. ¡Y qué bien monta ese *gambusino*! El coronel Devandel dará mucho que hacer a estos salvajes en la garganta del *Funeral*, aunque dispone de pocos hombres.

Jorge había ya cortado las dos patas del oso, que colocó en la silla de su caballo.

Era un verdadero pecado abandonar tanta carne exquisita a los lobos de la pradera, porque es de advertir que la carne de oso es superior a la de buey; pero los fugitivos contaban solo con hacer una velada antes de dirigirse a Kampa, y para ese tiempo tenían víveres con las dos patas, si no en abundancia, al menos para sustentarse bien.

—¿Estáis dispuestos?—preguntó John, después de haber apretado la cincha a su cabalgadura.

—¡Todos!—respondieron Harris, Jorge y el *gambusino*.

—Pues llevad los rifles dispuestos, y confíemos en nuestra buena estrella.

Los cuatro caballos, ligeramente espoleados, se lanzaron a la carrera, mientras caía súbitamente sobre la sangrienta carroña del oso una nube de aves de rapiña para dar el primer asalto.

Los *coyotes*, o sea los pequeños lobos de las praderas, se encargarían más tarde del final.

La llanura que se presentaba ante los jinetes era muy quebrada. Ora se elevaba en altas ondulaciones cubiertas de inmensos grupos de *quercies*, de *negundos aceroideos*, de troncos altísimos, ora bajaba bruscamente, formando pequeñas lagunas, circundadas de césped, rosales

silvestres y *sacartes*, o sea cierta especie de euforbiáceas.

De vez en cuando, al oír el galopar de los caballos, salían de entre la hierba manadas de antílopes de elegantes formas, con la piel rosácea en los lomos y blanca en el pecho y en el vientre. Estos preciosos animales se alejaban con la velocidad del viento, agitando sus largos y sutilísimos cuernos, con gran terror de Minnehaha.

La presencia de aquellos animales era de buen augurio, porque toda la fauna de la pradera teme al indio como a la peste, sabiendo que es su peor enemigo. Si alguna columna volante de *chayennes* o *arrapahoes* anduviera por aquellos sitios, no se hubiera visto un solo cuadrúpedo.

—¡Todo va bien!—dijo el *indian-agent*—. Si podemos alcanzar el último correo de Kampa, puede decirse que estamos en salvo.

La carrera continuó hasta el mediodía sin malos encuentros.

Queriendo tener a los caballos en buen estado, hicieron una parada para dar a los animales galletas de maíz que habían llevado del campamento, a las cuales el *gambusino*, conocedor del terreno, añadió algunas *kamas*, *kooyaks* y *yampas*, que son un excelente forraje.

La siesta a que se entregaron los viajeros fué interrumpida por la aparición de una manada de lobos negros audacísimos, los cuales se detuvieron cerca del campamento, con la visible intención de esperar la noche para intentar un ataque.

Aquello era una buena señal, porque el lobo evita la presencia del indio, como si presumiera que éste es su mayor enemigo.

Sin embargo, los expedicionarios hubieran preferido no tener este encuentro, pues con sus lúgubres aullidos podrían llamar la atención de los *pieles rojas*.

—¡Se van a lucir si esperan la noche para el ataque!—exclamó Harris, dirigiéndose a John.

—Pues no te quepa duda de que nos

(Continuará en el próximo número).



# ANITA

## BUEN-CORAZON





# El boa de las cavernas

(Continuación)

—¡Enciende, enciende!—gritó el plantador al indio con voz aterrada. Oyó como Jacó rebuscaba algo dentro de la bolsa que pendía de su cinturón y después una exclamación:

—¡No traigo eslabón!

—¿Y tú, capataz?—dijo el señor Herrera que sentía erizarse el cabello solo al pensar que el *giloia* podría estar no muy lejos de allí.

—Yo no soy fumador, mi amo—, contestó el interrogado—nunca lo llevo conmigo.

En aquel momento se oyó gruñir a los mastines;

después ruido y rebullir del agua como si de improviso la hubiera agitado alguien.

—¡Huyamos!—dijo el plantador—. El *giloia* va a salir ahora del fondo del estanque.

Los tres se precipitaron hacia la galería que habían atravesado poco antes, a ciegas en la oscuridad y al cabo de algunos segundos chocaron contra una pared cayendo todos juntos.

—¿Dónde estamos?—preguntó Herrera.

—Hemos equivocado el camino y nos hemos metido en una galería lateral—dijo el indio.

—¡Escuchad!—exclamó el capataz tiritando.

En el fondo de la caverna y hacia el lago se oían silbidos estridentes y ladridos furiosos.

—Son mis perros que han atacado al reptil—dijo Herrera.

—Estamos extraviados—decía el indio Jacó.

Los ladridos se iban convirtiendo en aullido de dolor que duraron aún algunos instantes y poco después el silencio más profundo volvió a reinar en la caverna.

—¡La serpiente ha matado a mis perros!—dijo el plantador con ira.

—Pues también a ellos los vengaremos—respondió el indio.

—Pero antes es preciso que salgamos de aquí lo más pronto posible—dijo Herrera sin mostrar por el momento confianza en el indiano.

—Encontraremos la salida—dijo Jacó—. Arrimáos a mí y agarráos a mi cintura.

Se separó de la pared y caminó hacia adelante procurando no desviarse ni a derecha ni a izquierda y al fin dió con un pasadizo.

—Ahora debemos estar en una de las siete cavernas—dijo—. Venid tras mí. Comenzó a andar con suma rapidez. También él tenía prisa por hallarse fuera por temor a sentir que se le venía encima aquel espantoso reptil.

De pronto se detuvo apoyándose contra la pared.

—¡Parad!—dijo.

—¿Nos hemos extraviado otra vez?—preguntó el plantador.

—Escuchad.

A corta distancia apercibieron un ruido que parecía producido por el choque de las gruesas escamas del *giloia* que se acercaba con cierta velocidad.

—¿Será el boa que se dirige hacia la salida?—preguntó el señor Herrera en voz baja.







—Sí—, contestó el indio—. No os mováis y contened hasta la respiración. Si advierte que estamos aquí se nos echará encima.

Quedaron inmóviles contra la pared con los fusiles y la cerbatana apuntando, temiendo a cada instante que el animal les asaltara. El ruido iba cada vez en aumento. Hubo un instante en que creyeron que habían sido descubiertos, pues cesó de oírse, pero luego la serpiente reanudó la marcha y siguió alejándose.

—Ya pasó—dijo el indio—Este es el momento mejor para atacarle.

—O de dejarle marchar—dijo el capataz.

—No—replicó Jacó—Esperaremos a que haya metido la cabeza por el agujero de la salida y entonces le partiremos por la mitad el cuerpo.

De puntillas siguieron el camino guiados por el ruido y al fin vieron el agujero de la salida que iluminaba la claridad de la luna.

—El *giloia* se nos va a escapar—dijo Jacó empuñando su segur—. Dejemos que meta la cabeza y el cuerpo hasta la mitad. El reptil inquietado por el asalto de los perros iba sin duda en busca de algún otro refugio, pues no se consideraba ya muy seguro en aquella caverna.

Los cazadores vieron como introducía la cabeza por la estrecha hendidura que quedó casi por completo obturada. Se hallaba entonces como aprisionado y no pudiendo así volver a entrar de repente, dejaba de ser tan peligroso.

—Vamos a él—gritó el indio— cuyos ojos estaban habituados a la obscuridad. Saltó con la segur en alto y se puso a dar tajos vigorosos sobre la cola del monstruo en tanto que el plantador y su capataz descargaban sus fusiles y empuñaban después sus machetes que no daban menos tajos que el del indiano.

El reptil al sentir que le cortaban la cola se retorció y silbaba rabiosamente procurando entrar otra vez en la caverna para hacer frente a sus enemigos.

Pero sus esfuerzos eran vanos: la estrechez de la abertura no le permitía realizar aquel movimiento.

En tanto los dos plantadores y el indio multiplicaban sus golpes y hacían añicos las vértebras y las escamas.

Loco de dolor el reptil trató ahora de huir. Con un esfuerzo supremo retiró la mitad anterior de su cuerpo y se deslizó hacia afuera por la pendiente hasta caer en el río entre cuyas aguas desapareció.

—¡Ya le perdimos!—gritó el plantador envalentonado—. Me hubiera gustado conservar su piel.

Yo te la daré—dijo el indio.

Saltó sobre la canoa que había servido a su mujer para atravesar el río y desapareció.

Dos días después volvía Jacó a la plantación seguido de sus indios que llevaban la piel enorme del reptil.

Había encontrado al monstruo junto a una isleta donde por fin quedó muerta.

Aquella piel media veinticuatro metros y tenía una circunferencia de setenta centímetros.

Ahora aquel terrible boa de las cavernas no hace mal adorno en la sala principal de la Hacienda de San Felipe adonde acuden numerosos naturalistas para admirarlo.

FIN







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



CUANDO YO ESTUVE EN EL POLO NORTE  
TODAS LAS MONTAÑAS ERAN DE HOR-  
CHATA DE CHUFAS

¿A QUÉ HORA SALE EL  
PRIMER TREN PARA  
EL POLO?



¡JA, JA!; PARA QUÉ VAS A IR AL  
POLO SI TODAS LAS MONTAÑAS  
ME LAS HE COMIDO YO!

¡QUÉ TRAGÓN!



MIRA QUÉ AEROPLANO, CURRIN-  
CHE ¿NO OYES EL RUIDO QUE  
HACE?

A UN SERVIDOR LE  
PARECE QUE ES  
UN MOSCAR-  
DÓN



ME APUESTO CINCO CUPRÓNQUELES  
A QUE ES UN BIPLANO

Y YO TRES BEATAS A QUE  
ESO ES UN MOSCARDÓN  
SALVAJE



¡¡¡ MI ABUELA !!! ¡NOS HAN ROBA-  
DO LA HORCHATA!



¡GUARDIAS!  
¡GUARDIAS!

MIRE LOS LADRONES. SE HAN SEN-  
TADO EN AQUEL BANQUITO PARA  
ZAMPARSE LA HORCHATA



¿TE HAS FIJADO EN LA CARA DE  
"ATONTAOS" QUE TENÍAN LOS DOS?

SOBRE TODO EL PEQUEÑO PARE-  
CÍA UN CALAMAR ESCAPADO DE  
SU LATA







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

Casilla

## SIMBAD EL MARINO



Un joven llamado Simbad empleó su capital en mercancía, y se embarcó para negociar en países lejanos.

Comenzó sus negocios felizmente; pero un día en que había desembarcado con otros pasajeros en una isla desierta, sus compañeros le abandonaron mientras dormía, y al despertar se encontró sin auxilio ni socorro de nadie.

Dando vueltas por la isla vió una enorme peña blanca, y cuando estaba ocupado en examinarla oscureció el cielo, y un ave colosal vino a posarse sobre la peña.

Simbad recordó entonces que había un ave, llamada roc, mayor que trescientos elefantes juntos, y que aquello que él creía una peña debía de ser un huevo del ave mencionada.

Pensando en los medios de salir de su soledad, se ató con su turbante a una de las patas del ave, que sería como el tronco de un árbol, y cuando el roc remontó el vuelo, lo llevó por los aires a la cima de la montaña de otra isla, y de allí a una sima profundísima.

Allí notó con gran sorpresa que todo el suelo estaba cubierto de brillantes; pero que, sin duda, estaban a cubierto de la codicia humana por el prodigioso número de serpientes que habitaban aquella zona, y que eran tan grandes que podían tragarse de un bocado dos caballos, con coche y todo.

Estas serpientes estaban de día ocultas en sus guaridas, y de noche salían en busca de sustento, pues a aquellas horas el ave del roc no bajaba a merendárselas.

Simbad se escondió en una pequeña gruta cuya entrada se tapaba con una piedra, y así pasó la noche, con más miedo que vergüenza, y pensando en la manera de escapar de aquel abismo.

Por la mañana, no sabemos a qué hora, porque Simbad no tenía reloj, fueron cayendo al valle enormes trozos de carne

fresca que tiraban muchos negociantes para que se pegaran a ellos los diamantes esparcidos por el suelo.

Las águilas, que no entendían de pedrerías, sólo bajaban al abismo cuando veían un buen trozo de carne, y se lo llevaban a su nido con el firme propósito de comérselo; mas apenas comenzaban a trincharlo con los naturales tenedores, llegaban los negociantes, las asustaban dando gritos y alguno que otro palo, y de ese modo se apoderaban de las piedras preciosas que a la carne estaban adheridas.

A esta industria debió Simbad su salvación, porque, después de llenar un saco de cuero con los más gruesos y hermosos diamantes que encontró, cogió un trozo de carne, y atándose fuertemente a la espalda, se acostó en el suelo; llegó un águila enorme, que, creyendo que todo aquel bulto era carne comestible, se llevó a Simbad por el aire hasta su nido, donde esperaban sus polluelos con la boca abierta el momento de su desayuno.

Pero Simbad no era hombre de dejarse comer así como quiera, y la sorpresa del águila, aunque no dijo una palabra, no debió de ser floja al ver el parroquiano que se había traído en las uñas.

«Mal día hemos echado, se debió de decir para sus plumas; y mientras pensaba en si debía meterle mano al forastero, llegaron los negociantes dando voces, como de costumbre. Cuando vieron que al trozo de carne iba adherido, en vez de un brillante, un prójimo de carne y hueso, se llamaron a engaño, y hasta no faltó quien propuso que se le dieran veinticinco palos, por meterse donde no le llamaban y apoderarse de la carne ajena.

—¡Valiente mico nos ha dado usted, buen hombre!—exclamaron.

—Yo no sé—dijo Simbad—si les he dado mico, pero lo que sí voy a darle al que me falte es un cachete que le va a parecer media docena. En cambio, traigo un saco lleno de diamantes para obsequiar al que me proteja.







—¡Oh, simpático joven!—gritaron todos—. Ya dije yo que tenía usted cara de persona decente.

—¡No, no, que lo dije yo!—exclamó otro.

—¡Y yo!—gritó uno.

Y sobre quién fué el que lo dijo se armó una cachetina del diantre. Simbad los puso en paz, dando brillantes a todos.

Poco tiempo disfrutó Simbad de sus riquezas, pues su afán de viajar le llevó a la isla de los velludos, que son unos salvajes cuyo cuerpo está cubierto de un espeso vello.

Aquellos hombres llevaron la tripulación del buque de Simbad a una isla en la que vivía un enorme gigante que sólo tenía un ojo.

En cuanto vió a los prisioneros puso una cara de risa como un chico a quien enseñan unos bombones, y sentándose en el suelo, cogió a Simbad con dos dedos, y le dió mil vueltas en el aire para ver si estaba gordito.

Su flaqueza le salvó, porque viendo que no tenía más que huesos y pellejo, lo dejó en paz; y cogiendo al capitán, que era el más grueso, se lo comió con salsa a la mayonesa, como si fuera un besugo.

Comprendiendo que uno a uno irían cayendo con arroz, en vinagreta o con patatas y viendo Simbad que el gigante echaba su siestecita para digerir al capitán, cogió un hierro, lo puso a la lumbre, y cuando estaba hecho una brasa se acercó al gigante, y del primer embite le reventó el ojo.

El berrido que dió el gigantón fué formidable; se levantó dispuesto a hacer salchichón a todos aquellos infelices; pero como estaba ciego, no acertaba a cogerlos, y ellos se marcharon lo más lejos que pudieron.

Simbad llegó a la orilla de un río, donde encontró a un viejo

que le hizo señas de que le pasara al otro lado sobre los hombros. Así lo hizo; pero al llegar al otro lado, en vez de bajarse, apretó con sus piernas el cuello de Simbad diciendo:

—Ya tengo caballito.

Simbad se estremeció, porque aquél era el célebre viejo del mal, de quien había oído referir que en cuanto cogía a uno como cabalgadura, no lo

dejaba hasta matarlo. En vano el joven se lo quiso quitar de encima, porque hasta de noche dormía con el cuello de Simbad bien sujeto entre sus piernas.

Viéndose perdido, apeló el joven a la siguiente estratagema: en una calabaza exprimió el zumo de muchas uvas, y lo dejó que se convirtiera en vino, y en cuanto estuvo hecho comenzó a beber, siempre con el viejo a cuestas, fingiendo que se alegraba mucho con la bebida.

Al ver el viejo los efectos de aquella bebida, le quitó la calabaza de la mano y, apuró su contenido.

El vino hizo su operación, y el iníame viejo pescó una borrachera de las de barba de pavo; tanto, que aflojó las piernas, y vino a dar con su cuerpo en el suelo.

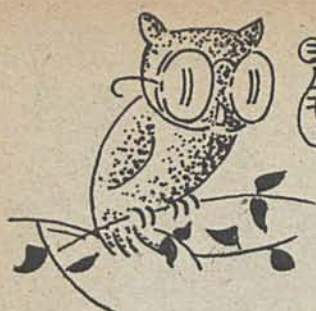
No aguardó Simbad a que se le pasara, sino que le aplastó la cabeza con una piedra para que no volviese a martirizar a nadie.

Huyó hacia la costa, y allí encontró un buque que lo trasladó a su país, donde pudo descansar de sus peligrosas aventuras; y es fama que jamás quiso volver a embarcarse ni aun para dar una vuelta por el puerto, y llegó hasta marearse de ver un vaso de agua.

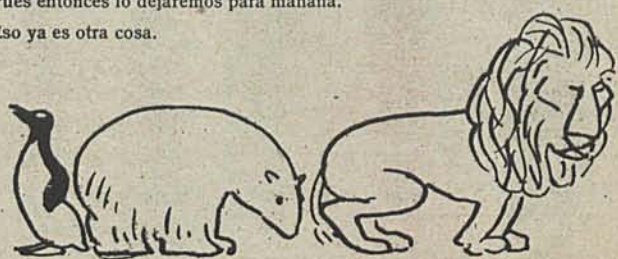
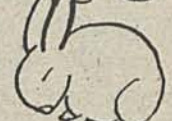
El se hizo rico; pero a costa de peligros y disgustos: que realmente no valen las riquezas lo que cuesta el adquirirlas.







# ¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—¿Te gusta el salchichón, querido amigo buho?  
—Hombre, esa preguntita soltada así, como un escopetazo, y precisamente a esta hora, que es la de la merienda, predispone en el acto a una contestación. Conviúdame a comer salchichón y lo verás.

—Luego te gusta ¿verdad?  
—Qué duda cabe, amigo Chononcito. Aunque dice el refrán que sobre gustos no hay nada escrito, creo que el salchichón le gusta a todo el mundo.

—Como las natillas.  
—Y como el arroz con leche.  
—O como el flan.

—¡Qué par de golosos nos juntamos! Pero vamos al grano. ¿Me convidas a merendar salchichón? ¿Sí o no?

—Ya sabes que nunca me resisto a tus deseos. Merendaremos salchichón y, si te parece, dedicaremos a él nuestra charla de hoy.

—Me parece muy acertado el tema. ¿Sabes a qué se debe el delicioso gusto y el buen olor del salchichón?

—Por ahora no lo sé. Habla.  
—Se debe a un microbio. ¡Qué cosa más rara! ¿Verdad? Pues así es.

—Así será cuando tú me lo dices. Come salchichón y habla; que yo, como y escucho.

—Claro que el microbio a quien se debe la propiedad de la exquisitez del salchichón es un microbio bueno.

—Ni que decir tiene que se trata de un microbio simpatiquísimo. Recuerdo muy bien que en cierta ocasión me dijiste que había dos clases de microbios. Buenos y malos, y que los primeros ayudaban a nuestra salud, y los segundos la perjudicaban.

—Ciertamente. Si miramos al microscopio una partícula de salchichón descubriremos en ella toda una flora de fermentos y levaduras semejantes a las del pan y del vino. Estos fermentos los producen los microbios y lo que ellos laboran es lo que nosotros nos comemos.

—O sea lo que ellos quieren dejarnos.  
—Exacto. Pero si lo que nos dejan es beneficioso para la salud, hay que elogiar la labor de esos microbios. Voy a exponerte algo sobre la fabricación del salchichón y sobre la intervención que en ella tienen los microbios.

—Toma un par de ronchas más y sigue hablando.  
—El salchichón se hace con carne de cerdo picada, salada, mezclada con grasa, prensada, y puesta a secar con grandes precauciones para que la desecación sea lenta y bajo una temperatura y aireación determinadas. Un salchichón tarda en secarse bien, unas tres semanas. Hacia el cuarto día se pone rojo, después de haber tenido

una coloración gris poco agradable. Al pasar de uno a otro color es cuando tiene lugar el proceso de fermentación que corre a cargo de los microbios. Estos se encargan de darle en dos o tres días el color, olor y gusto característicos de un buen salchichón.

—Como éste que estamos merendando.  
—Como éste que nos hemos merendado ya, porque sólo quedan en el plato los pellejos y los granos de pimienta. Estaba exquisito. Al décimo día de puesto a secar aparece en la superficie una capa blanca, tirando a verdosa. Esta es la levadura, la flor del salchichón. Es como una vegetación que crece a través de su piel.

—¿Pero es que el salchichón tiene piel?  
—Se le pone para que sirva de envase al contenido. Es simplemente tripa de cerdo, que en el comercio, para darle un más agradable aspecto, se reviste con papel de estaño.

El salchichón sería un alimento muy indigesto si no fuese por los microbios, pero estos durante el período de fermentación se han encargado de digerir ellos mismos aquellas materias que para nosotros serían nocivas y nos ahorran un trabajo que seguramente perjudicaría a nuestro estómago.

—Pero ¿no nos comemos los microbios?  
—No, querido Chononcito. Cuando un salchichón está perfectamente seco han desaparecido por completo las vegetaciones de microbios y de fermentos y sólo queda la parte que nos es tan fácil digerir. Ya ves hasta donde llega el sacrificio de los microbios. Es, pues, un alimento sano, y tan fácil de digerir como la fruta.

Ocurre en el salchichón el mismo fenómeno de fermentación que en el queso. El papel de los microbios viene a ser el mismo en uno que en otro producto. Tienen esos pequeñísimos organismos la propiedad de provocar una gran acidez lo mismo en la carne que en la leche.

—¿Y esa acidez crees tú que es buena?  
—Para el gusto del alimento, no. Pero pasado este fermento ácido queda la materia perfectamente comestible y no se han producido en ella vegetaciones de microbios perjudiciales porque el mismo ácido ha impedido su desarrollo.

—¿Quieres que merendemos otra vez, amigo buho.  
—No seas glotón, querido Chononcito. Ya estoy completamente satisfecho y no quiero, por muy apetitosa que sea la merienda, pasar de los límites de lo necesario.  
—Pues entonces lo dejaremos para mañana.  
—Eso ya es otra cosa.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Una planta  
Un desconocido



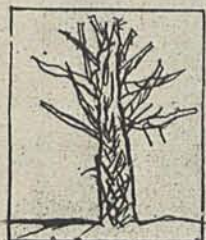
Pinochín  
Lolita Álvarez



Torre de Panamá la Vieja  
Ricardo E. Purniotiz



Un toro  
Abelardo Rodríguez



Un árbol en otoño  
R. Moreno



Cabeza de caballo  
Lola Chavarría



Oso polar. - R. Melero



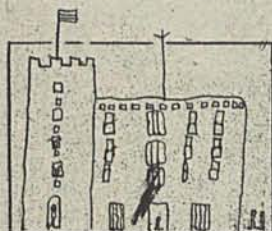
Perro. - Fortunatito de Mateo



El mayor enemigo  
de Tin y Ton  
Tirso Serna



Tecla  
Tomás Britons



Un castillo. - Santiago Ferrer



Mi casa de campo  
M.<sup>a</sup> Luisa Valderrama



Somatenista  
Valentín Sangrador



Tecla  
G. A. Ossorio



Retrato. - T. P. R.



Una posada en Yepes. - Alfonso Núñez



Dama antigua  
Vicentica Vives



Belmonte  
Otro desconocido



Paisaje  
Esperanza Mero Navarro



A la última  
Purita Hergueta



Pinocho  
Conchita Baños



Sebastián Vicent.



Una manzana  
Soledad Llana



Un burro  
Soledad Llana



Un pueblo pesquero  
Julio Fernández



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LAS CUATRO CABECITAS



Diseminadas entre  
la maleza hay cuatro  
cabezas de animales.  
Estos animales  
son:

Una cabra.

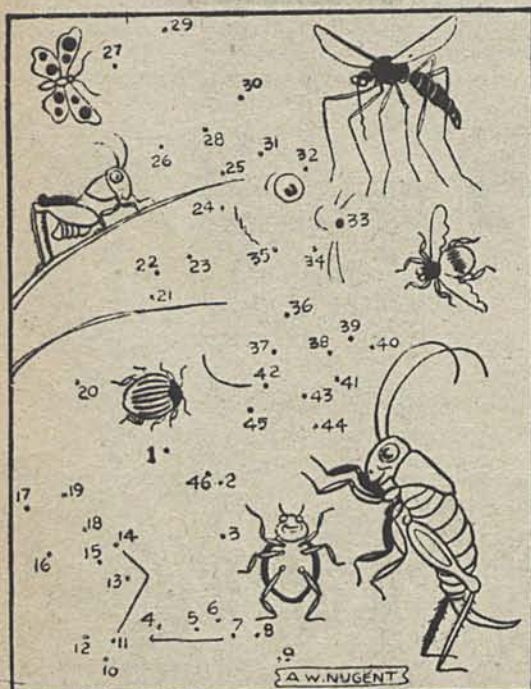
Un perro.

Un conejo.

Y una vaca.

¿Podéis vosotros  
indicar dónde están  
las tales cabecitas?

## EL COMBATE



¿Con quién luchan estos  
animalitos?

Con algún monstruo feroz  
sin duda...

Estáis equivocados de  
medio a medio...

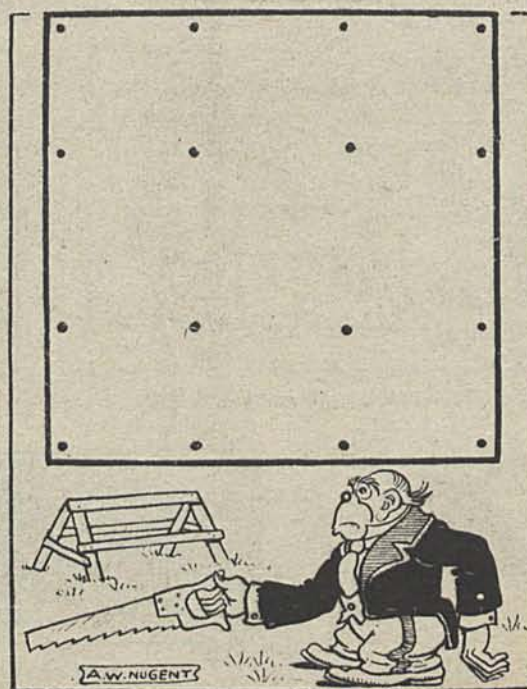
Completamente equivoca-  
dos.

Pero, unid; unid los nú-  
meros con líneas siguiendo  
el correspondiente orden y os  
convenceréis.

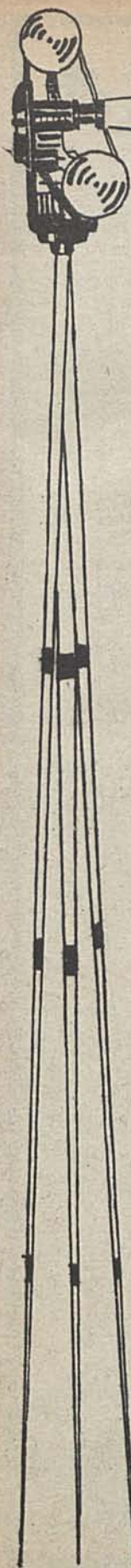
Este mono está preocupa-  
do porque tiene que cortar,  
del cuadrado que con él veís,  
otro cuadrado... Pero con la  
condición de que este otro  
cuadrado no tenga ningún  
agujero y sea lo más grande  
posible...

¿Podéis ayudarle vos-  
otros?

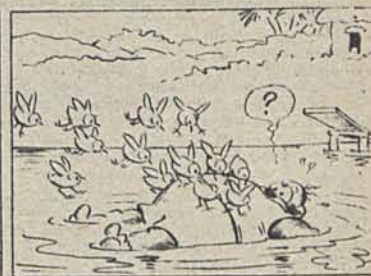
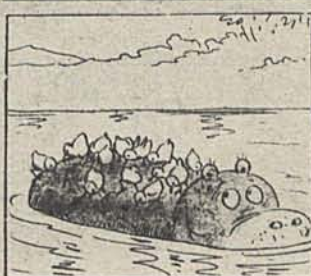
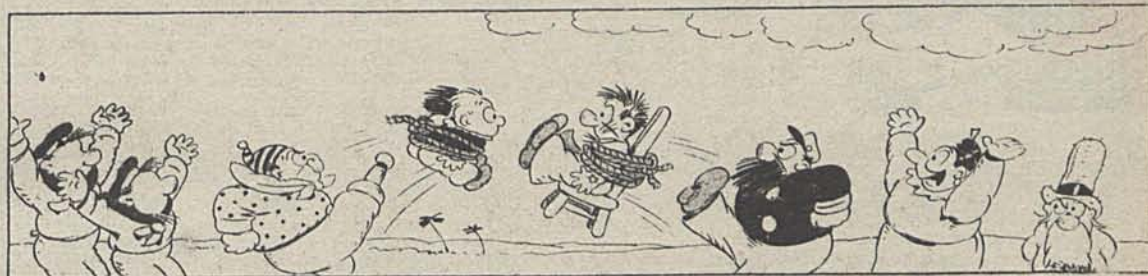
## EL TABLERO







# GRAN CINE TINITONESCO







# SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

## LA PERITA EN DULCE

(FIN)

Quedamos ¿os acordáis? en que Guicha se durmió en la isla de la Golosina, junto a un árbol, después de comer su pedazo de pan duro.

Cuando se despertó, no sé si por efecto de su breve sueño, o si porque el aire de aquella isla fuese un aperitivo poderoso, el hecho es que se sintió el estómago vacío; precisamente, delante de ella, tocando casi la punta de su nariz colgaba del árbol «una perita en dulce, una perita con mucha azúcar y con un rabito muy mono». ¿Dónde había visto ella una perita semejante? Pero no se lo preguntó dos veces; la tentación esta vez era demasiado fuerte. Guicha adelantó el pico y ¡ham! de un bocado se zampó la tentadora perita.

En el mismo instante ocurrió una cosa terrible: un ruido estruendoso hizo retremblar la isla de la Golosina; la tierra se abrió y Guicha vió surgir y avanzar hacia ella el ejército más fantástico que puede imaginarse.

Aquel regimiento estaba compuesto por alimentos vivos y animados; había un escuadrón de pasteles y bollos que debía de ser la legión extranjera pues lo componían soldados de diferentes países: rusos, suizos, mejicanos, etcétera... Un escuadrón de bizcochos en el que muchos iban haciendo zigzags, sin duda porque estaban borrachos; un escuadrón de legumbres cuya disciplina era bastante defectuosa sin dunda porque era mandado por calabazas, lo mismo sucedía con un escuadrón de frutas, mandado por melones; en el de los panecillos, mandado por un capitán largo y por un teniente rajado, había elementos venidos de Dresde, otros de París, otros de Viena; también había escuadrones de bombones, de caramelos, de merengues, etc...

El regimiento entero era mandado por un tarro de dulce de albaricoque rechoncho y tripudo que tenía el grado de generalísimo.

El tarro de mermelada gritó «¡Alto!» y todo el regimiento se detuvo como un solo alimento. Entonces el generalísimo ordenó a sus capitanes que se apoderasen de la prisionera y la condujesen ante la reina interina.

Guicha estaba más muerta que viva; mientras se la llevaban, maniatada con cabellos de angel, intentaba tranquilizarse pensando que la hermana de la monísima Golosina, sería sin duda tan dulce y graciosa como era ella.

El palacio real era un edificio de turrón de fresa, con torreones de guirlache, tejado de mazapán y balcones con molduras de arroz con leche.

Allí esperaba a Guicha una decepción tremenda; la reina interina no se parecía ¡ay! en nada a su hermana; era una mujer seca, amarillenta, angulosa, feísima; Guicha la reconoció enseguida: era la bruja Indigestión.

El regimiento empujó a la cautiva hasta el trono y la rodeó vociferando.

—¡No nos deja vivir!—gritaban los pasteles.

—¡Siempre anda detrás de nosotros!—gritaban los bizcochos.

—¡Nos persigue sin cesar!—gritaban los bombones.

Los más moderados en su reclamación eran los escuadrones de legumbres y de panecillos; en cambio el de frutas escarchadas estaba sublevada por la indignación.

—¡Si es que yo os quiero mucho!—gimió Guicha llorando a lágrima viva.

—Hay cariños que matan—declaró cierta perita en dulce que estaba hecha una fiera—y el tuyo nos devora.

La reina Indigestión impuso silencio y ordenó con voz de vinagre:

—Condeno a la culpable a muerte; que el teniente Espárrago la atraviese de parte a parte.

Entonces el teniente Espárrago avanzó; era delgadísimo; vestía pantalones blancos y túnica verde; su cráneo era puntiagudo cual una lanza; se precipitó hacia Guicha con la cabeza baja; la infeliz sintió en el estómago un golpe tremendo seguido de un dolor horrible; lanzó un grito y...

...y abrió los ojos; se hallaba en su cama; era de día; mamá acudía al oír su grito; al pronto creyó haber soñado; pero no, todo debía de ser real pues así lo probaba el dolor que seguía sintiendo en el estómago.

—¡Ay mamá—gimió—como me duele la tripa! Es la Indigestión que...

—¿Tienes una indigestión?—dijo mamá—no me sorprende.

—¿Que no! Si es que la Golosina...

—¡Ya lo sé yo que la culpa la tiene tu golosinal!

—¡Si no es eso! Si es que la perita en dulce...

—¿No te decía yo que no debías comerla?

—¡Pero mamá, si no me comprendes!—exclamó Guicha impacientada—El que me ha hecho daño ha sido el espárrago...

—¿Qué dices, Guicha? ¡Si tú no comiste ayer espárragos!

Guicha renunció a hacerse comprender; pero no parecía que mamá necesitase más explicaciones para sacar la moraleja de la aventura:

—Todo esto—declaró—se arregla con un poco de aceite de ricino.

La nariz de Guicha se alargó considerablemente; ¡hasta en su cama la perseguía la venganza de la perita en dulce y el castigo de la bruja Indigestión!

De aquella indigestión que fué la última que había de tener Guicha en su vida, como os podéis suponer.

Porque desde entonces, Guicha se ha curado de su golosina; tiene otra pasión que si no es menos tonta que la de los dulces, al menos es más inofensiva: la de los trapos.

No es muy bonito ciertamente que una Pirulinda se preocupe demasiado de sus vestidos; pero se comprende que está encantada cuando estrena trajectos tan monos como estos que aquí veis y que le acaban de hacer a Guicha.

El primero es propio para los días frescos de septiembre que se acerca; la falda es de sarga roja y la blusita de sarga blanca pespunteada en rojo; Guicha lo llevará con una boina roja y con una chaquetilla de sarga roja, pespunteada en blanco, cuya forma se parece a la de la chaqueta del segundo traje.

Este es un conjunto de tursor estampado, en marino y amarillo sobre fondo blanco, y tiene un cinturón, un cuellecito y una corbata, bordeados de un plisado, un tursor liso, amarillo.

El tercer vestido de Guicha es de mucho vestir; es de organdi rosa pálido, con la falda formada por jaretas y con un cuello de los llamados «berta».

